

yéndose con el ejército nacional. Este hombre traicionó así dos veces: siendo mexicano peleó durante toda la guerra de independencia contra los mexicanos y a favor de España. Siendo militar al servicio de España traicionó a las tropas españolas, pasando a servir, en los últimos días de la campaña, entre los soldados mexicanos. Era pérfido, ambicioso y cruel. Unos meses después de su segunda traición, se coronó a sí mismo emperador de México. Un año duró su imperio. Durante ese tiempo derrochó el poco dinero que había y puso en ridículo a la nación mexicana. Este hombre, que persiguió y derrotó a Morelos en más de una ocasión, al Gran Morelos, el héroe más ilustre de la Independencia Mexicana; este Emperador de trapo, que se vestía como Napoleón y que pretendió fundar una aristocracia en un país como éste, ese hombre merece no el odio, porque el odio es estéril, pero sí el olvido de la Nación Mexicana.

Bolívar y San Martín no pudieron entenderse. El Venezolano era un genio y su genio era variado como el clima de Nuestra América. Era gran soldado, gran político, gran diplomático, gran escritor. Era un hombre de elegancias y buen gusto, de cultura clásica y refinada educación. Su personalidad brillaba lo mismo en un salón que en un vivac. El Argentino era solamente un gran soldado, un militar profesional de brillantísima carrera y era también, sobre todas las cosas, un corazón generoso y abnegado. Estos dos hombres gloriosos y nobles, no pudieron entenderse. Uno de los dos debía de desaparecer del inmenso escenario de la libertad Sud-Americana. El 28 de julio se embarcó San Martín de regreso para el Perú. Al llegar a Lima presentó su renuncia como Jefe del Gobierno y después de dictar una proclama bellísima para el pueblo peruano, se dirigió a Chile, país que él libertó con su espada gloriosa y siguió rumbo a la Argentina en donde se embarcó para Europa. *Bolívar* quedó así como árbitro supremo de los destinos de América. Era desde ese momento, el único responsable de la libertad continental. A la salida de San Martín, el Gobierno Peruano se anarquizó profundamente. El desorden cundió por todas partes y *Bolívar* fué llamado por el Congreso de Lima para que tomara el mando del Ejército y aceptara también la dictadura. Después de enviar al General Sucre y de esperar largamente el permiso que el *Libertador* pidiera al Congreso de Bogotá para pasar al Perú, marchó *Bolívar* sobre Lima, la que ocupó sin oposición, quedando investido del difícil y peligroso cargo de Dictador, y comenzando desde luego a organizar la campaña militar que debía tener como resultados finales, la derrota completa de los ejércitos españoles y la independencia absoluta del Perú. Durante todo el año de 1823 preparó el *Libertador*, ayudado siempre eficazmente por Sucre, la famosa campaña del Perú. Numerosas y aguerridas eran las tropas españolas que defendían el viejo Virreinato. Notables generales españoles mandaban tan disciplinados y valerosos ejércitos. A principios de 1824, en enero, estaba el *Libertador* en el pueblo de Pativilca, pequeño puerto a treinta leguas de Lima hacia el Norte. Una fiebre maligna estuvo a punto de acabar con su vida. La convalecencia fué larga y penosa y más penosa aún por encontrarse el ejército *Libertador* en circunstancias desfavorables para iniciar la campaña. *Bolívar* estaba débil, abatido y triste. En uno de esos días de amargura, llegó a visitarlo uno de sus mejores amigos

colombianos que regresaron de Lima, el señor don Joaquín Mosquera. El *Libertador*, sentado en una vieja silla de baqueta reclinada contra la pared de la casa donde vivía, tenía un aspecto terrible y al mismo tiempo doloroso. Cuando el señor Mosquera llegó a visitarlo, después de enterarse por el mismo *Libertador* de las circunstancias desfavorables en que se encontraba el ejército, le preguntó «Y ahora ¿qué piensa usted hacer?» A lo que el *Libertador* respondió con esta sola y maravillosa palabra: *Triunfar*. Aquella inmensa voluntad no se doblegaba ahora como en tantas otras ocasiones difíciles no se había doblegado. Aquella voluntad inmensa a la que debió la América del Sur la libertad y la gloria. Poco tiempo después se inició la campaña. Los primeros meses se emplearon en situarse ventajosamente y tener algún contacto con el enemigo. El 6 de agosto de 1824 a la cinco de la tarde, se dió la batalla de Junín. No se disparó un solo tiro. Toda la lucha fué al arma blanca. La acción fué breve, pero sangrienta. Al ponerse el sol los clarines del ejército *Libertador* tocaron dianas. Una carga de caballería dirigida personalmente por *Bolívar*, decidió el triunfo. Allí habían peleado soldados venezolanos, colombianos, peruanos y argentinos.

Los argentinos al mando de su jefe Necochea se batieron bravamente. Así, en los campos de batalla de la América del Sur durante la guerra de la Independencia, se vieron unidos los pueblos hermanos para libertarse del dominio español. Desgraciadamente, en los días de la paz no han vuelto a unirse como se unieron en los días de la guerra. Estos pueblos, que según los deseos de *Bolívar*, debían formar una sola y magnífica República, una inmensa confederación para ejercer su influencia bienhechora en el desarrollo de la humanidad. Después de la victoria de Junín,

Bolívar entregó el mando supremo del ejército al general Sucre y regresó a Lima. Dió el *Libertador* a su admirable lugar-teniente, un programa completo que debía tener por resultado el golpe final en poco tiempo, y así fué. El 9 de diciembre de 1824, en el campo de Ayacucho, midieron sus fuerzas el ejército *Libertador*, fuerte de 6,000 hombres, mandado por Sucre, y el ejército español, mandado por el Virrey La Serna, fuerte de 9,000 hombres. Fué la última batalla de la Independencia Ibero-Americana y la última derrota de España en América. Antes de iniciarse el combate, oficiales y soldados de ambos ejércitos tuvieron algunas horas de armisticio en las que conversaron cordialmente, abrazándose al despedirse, pues había amigos y parientes en ambos partidos. La cortesía y la hidalguía, herencia y tradición de indios y españoles, se manifestó entonces, en esos instantes, soberanamente. Iniciada la batalla, se vió pronto que el triunfo estaría por el ejército *Libertador*. El General Sucre, joven de 29 años, iba de un sitio a otro dando órdenes y entusiasmando al ejército con palabras de valor y nobleza. La caballería mandada por el general colombiano José María Córdova, de 25 años de edad, se lanzó al ataque después de estas palabras de su jefe: *Soldados: armas a discreción. Paso de vencedores*. Consumada la victoria, el general Sucre, con su generosidad proverbial, concedió una capitulación honrosa al Virrey y sus tropas. Cayeron prisioneros el Virrey La Serna y la mayor parte de los generales y oficiales del ejército español. El vencedor trató a los vencidos con una generosidad sin ejemplo, ofreciéndoles pasaportes y gastos de viaje para regresar a España. La batalla de Ayacucho aseguró para siempre la libertad de *Nuestra América*.

(Concluirá en la próxima entrega)

Y Bolívar...

(Viene de la página anterior.)

veces como un desenfadado, con su indomita caballería envuelta en mantas, y su guerra de emancipación «a muerte»? Cubierto con su manta,—poncho llaman los sudamericanos a unas mantas cuadradas con una corta abertura en el centro para pasar por ella la cabeza y dejarlas colgando,—cubierto con su manta y sin llevar absolutamente otro vestido, más de un jinete libertador ha cabalgado por aquellos ardientes climas y ha combatido valerosamente, también, envolviéndose el poncho en los brazos para lanzarse a la carga.

Con semejante caballería, y con la correspondiente artillería e infantería, recorrió Bolívar, combatiendo sin cesar, a través de tórridos desiertos, de cálidos pantanos y despeñaderos situados en la región de las nieves eternas, más leguas de las que Ulises alcanzó nunca a navegar: tomen nota de ello los futuros Homeros. En más de una ocasión marchó por Los Andes, hazaña semejante a la de Aníbal, sin parecer atribuirle mayor importancia. Muchas veces vencido, expulsado de la Tierra Firme, volvía de nuevo y de nuevo combatía encarnizadamente. Ganó en las regiones de Cumaná la «inmortal victoria» de Carabobo y varias otras; a sus órdenes se obtuvo la «victoria inmortal» de Ayacucho, en el Perú, donde la vieja España quemó pólvora por última vez en aquellas latitudes, y huyó luego para

no volver. Fué dictador, libertador, casi emperador si hubiera vivido. Unas tres veces en solemne parlamento colombiano renunció la dictadura con la elocuencia de Washington, y otras tantas, cediendo a súplicas reiteradas, la reasumió por ser hombre indispensable. Tres veces, o por lo menos dos, formuló con gran trabajo una constitución libre que instituiría «dos cámaras y un gobernador supremo con facultad de designar sucesor», la más razonable de las constituciones democráticas que se pueda en verdad imaginar, y dos veces, o por lo menos una, al ensayarla el pueblo la declaró inadmisibles. Era de tiempo atrás muy conocido en París, en los círculos disolutos, filosófico-políticos y otros. En más de una alegre soirée parisiense ha brillado este Simón Bolívar, y en sus últimos años, en el otoño de 1825, recorrió triunfante el Potosí y las fabulosas ciudades del Inca, circundado por nubes de indios que danzaban y prorrumpían en gritos de guerra, y «cuando se avistó el Cerro, montaña metalífera, echaronse a vuelo todas las campanas y tronó la artillería», dice el General Millet. Si no es éste un Ulises, Polittas y Polimeto, ¿quién habría de serlo? Es, en verdad, un Ulises cuya historia valdría la tinta que en ella se emplease, sólo con que apareciera el Homero capaz de escribirla.

Thomas Carlyle

(Trad. de Luis M. Drago.)